

Atenea

Revista publicada por la Universidad de Concepción

COMISIÓN DIRECTORA:

Enrique Molina, Samuel Zenteno A., Luis D. Cruz Ocampo,
Salvador Gálvez y Abraham Valenzuela . (Secretario).

Editor y Agente General: CARLOS JORGE NASCIMENTO

AÑO II

ABRIL 30 DE 1925

NÚM. 2

Enrique Molina

El Nacionalismo y la solidaridad americana

Estudio presentado al Congreso
Continental de Educación celebrado
en Montevideo en Marzo de 1925.

ENTRE los temas sugeridos para esta Conferencia Internacional sobre educación, figura el de «Cómo las fuerzas educacionales pueden promover la amistad y la buena inteligencia mundiales».

Para poder abordar este amplísimo problema, es menester empezar por ver y considerar los factores que se oponen al establecimiento e imperio de esa amistad y buena inteligencia.

En términos generales no son otros que las seculares rivalidades de los hombres, variables en sus aspectos y terribles como el mar.

Las principales formas que toman son las rivalidades de razas, rivalidades de religiones, rivalidades comerciales y rivalidades de clases.

En nuestra época se han exacerbado hasta el delirio estas dos últimas formas, precipitando en cruentas guerras y revoluciones grandes secciones de la humanidad.

Los educadores y los espíritus idealistas en general, como buenos e ingenuos hermanos predicadores, no han dejado de levantar su voz, de lanzar su anatema contra estos males. El evangelio del amor y de la solidaridad social han estado en sus labios y lo han ofrecido a los hombres como un santo y seña de paz y de progreso. No ha sido otra en el fondo la enseñanza de todas las religiones en la faz social que ellas revisten, aunque sus adeptos, en el fragor de la competencia doctrinaria o en su afán de predominio, se olviden totalmente de ella al tratar a sus adversarios. Pero las fuerzas ancestrales disgregantes y de lucha y las organizaciones correspondientes se han mostrado hasta ahora mucho más poderosas que esa enseñanza idealista, y las rivalidades, a menudo trágicas y sangrientas de los hombres, subsisten como un fenómeno natural.

No hay país del mundo que no se encuentre o no se haya encontrado en nuestra época más o menos agitado por las luchas de clases, por los conflictos del capital y del trabajo que dan lugar a los problemas que se comprenden con la denominación común de cuestiones sociales. No cabe dentro de la índole de este trabajo, ni quizás tampoco de ningún solo trabajo, entrar a proponer soluciones concretas de las cuestiones sociales. Ellas tienen que ser objeto del examen y estudio detallado de los especialistas.

Sin embargo, las fuerzas educacionales pueden «promover la buena inteligencia entre las clases» cultivando hondamente el sentimiento de justicia, o, como se dice con marcada orientación, de justicia social. Las cuestiones sociales no son en el fondo más que controversias sobre el derecho de propiedad y la remuneración del trabajo. No podemos aceptar como solución de los conflictos la total abolición de la propiedad que recla-

man algunas escuelas; pero si nos es dado orientar a la juventud en el sentido de que se conciba el derecho de propiedad, no de la manera individualista absoluta, propia de las doctrinas romanistas, sino como una función social. Dentro de esta concepción, la propiedad queda sujeta a todas las limitaciones que convengan al interés general; los ricos deben mirar su fortuna como medio de hacer bienes y de coadyuvar al progreso, y a los asalariados les asiste el derecho al holgado bienestar de que deben gozar los miembros de toda colectividad culta.

Pero es interesante observar que ha habido además una especie de rivalidad que se ha sustraído a las condenaciones de la moral y de la religión, que ha pasado a ser como la incubadora y condensadora de todas las rivalidades posibles. Llegado un caso de conflicto agudo, la moral y la religión han santificado y glorificado aun esa forma de rivalidad. Tal ha ocurrido con la rivalidad de las patrias, las rivalidades nacionales. Nada más sagrado que el amor al suelo en que se ha nacido y se ha vivido y, a la vez, casi siempre nada más natural e inevitable. El alma misma se va conformando, va sacando la substancia de su ser de las impresiones panorámicas de los pueblos, de los campos, de los mares de su país. Los sentidos han despertado al llamado de los frutos de la tierra, de sus flores, de algún producto de los nobles animales que moran en ella. A los lugares donde hemos jugado los miramos con un regocijo que nos da elasticidad espiritual. La diafanidad del aire dilata nuestros horizontes sobre el océano y el valle en las horas de los ensueños. A las mujeres de la tierra está ligado el primer abrirse extasiado del corazón ante la indescifrable y atormentada maravilla que es admirar y amar. La escuela teje los primeros lazos de la amistad. Hace ver los tesoros del idioma común, nos presenta viva la herencia moral de los héroes de la raza, artífices y enriquecedores del alma nacional, nos resucita nuestro pasado como terreno de donde arrancan raíces espirituales y nos conduce hasta los límites a donde llega la hermandad nacional. El tiempo va organizando este conglomerado de sensaciones, percepciones, ideas y sentimientos y en cada fibra, en cada

núcleo de este todo orgánico palpita la suavidad, la dulzura de un afecto. La suma de estos afectos que a veces dormita en un sentir contemplativo y platónico, pero siempre algo consubstancial con nuestro ser, forma el amor de la patria.

Considerando el amor desde el punto de vista del cumplimiento de los deberes del ciudadano, se llama civismo.

¿Y qué es nacionalismo? No otra cosa que el mismo amor de la patria convertido en doctrina de independencia económica y espiritual, en afirmación de la personalidad colectiva, y a veces en tendencia de expansión y predominio.

Así tenemos el nacionalismo en las artes y en las letras, que va tras la producción de obras que sean la expresión inconfundible de la idiosincracia y el alma nacionales, afán laudable que significa una de las mejores maneras de enriquecer la vida del espíritu.

Así tenemos el nacionalismo económico igualmente respetable que tiende a que las fuentes de riqueza sean explotadas por los hijos del país y no vivan éstos como tributarios de potencias o capitales extranjeros.

Pero cuando el nacionalismo, lejos de tomar estas formas y de ser el puro amor a la patria, se extrema en gesto de petulancia, de egotismo y desconoce los dictados de la solidaridad social, suele llegar a estados lamentables y constituye uno de los estorbos para el señorío de la amistad y la buena inteligencia mundiales.

Habrán sido tal vez consecuencias superiores a la voluntad de los hombres; pero aparecen como resultados de ese nacionalismo degenerado, la política de la inflación de los armamentos y de la paz armada. Según sus declaraciones expresas, fueron los aliados a la gran guerra de 1914, para concluir con el militarismo y sus calamidades; pero ¡ay! el mundo ha sufrido después una cruel desilusión. La terminación de la ruda contienda ha traído una intensificación del espíritu nacionalista y un afán loco por incrementar los armamentos.

Estos extravíos no han sido sino frecuentes en nuestra Amé-

rica Latina. Un famoso poeta de un país vecino ha salido en años recientes, cual nuevo Tirteo, a arrastrar a las muchedumbres con el prestigio de sus laureles en favor del ideal armamentista. Descarriado Tirteo y triste y abominable prostitución de las musas rebajadas, a valquirias de cuartel. Fué el mismo poeta quien en un momento infortunado dijera no ha mucho en Lima que había sonado para el bien del mundo la hora de la espada, como si esto pudiera traer otra cosa que los males de la tiranía interior o de la guerra exterior.

Y ese poeta es de la tierra cuyo representante se vanagloriaba justamente en el último Congreso Pan-Americano de Santiago del hecho envidiable de que en su nación hubiera por cada soldado dos maestros de escuela. Pero cual más, cual menos, todas las naciones americanas se han dejado arrastrar por el culpable delirio de incrementar sus armamentos; y no es posible desconocer que en esta circunstancia hay que señalar uno de los antecedentes básicos de las insuficiencias y desgracias en que se debaten nuestros pueblos.

Otras veces los nacionalistas se contentan con proclamar a su país el primero de su raza o de su continente, dulce engaño que infortunadamente no siempre resulta sólo candoroso.

Comprendemos que cada país sea para sus hijos el primero en su amor; pero que se guarde un sabio silencio sobre comparaciones estériles, cuando no falsas y perjudiciales. ¡Qué cuadro más trágico-cómico, qué coro de opereta el de estos países del nuevo mundo ibérico proclamándose cada cual el primero entre los suyos, mientras su riqueza se va en gran parte en forma de tributos a compañías que los explotan a todos en conjunto, o en forma de armamentos, cuya adquisición fomentan, estimulan y premian también compañías extranjeras! Y tal ocurre por falta de educación en estos pueblos y por falta de unión común entre ellos.

¡Cuánta diferencia entre una y otra América! ¿Cómo hacerla ver con relieve hiriente? El cuadro asume grandes proporciones y el torbellino de la vida suele no permitirnos detenernos a contemplarlo. Reduzcámoslo.

Hace siglos vinieron a desbrozar el nuevo mundo dos hermanos, hombres de empuje y de energía. Ambos fundaron sendas familias vigorosas que contaron más o menos con el mismo número de hijos, a quienes legaron las preciosas heredades que habían empezado a labrar. En este punto comienza a bifurcarse la historia. Los hermanos del norte formaron una cooperativa para trabajar en común sus tierras y ayudarse mutuamente. Los del sur hablaron también, y lo hicieron con elocuencia, de unirse en una sociedad de cooperación. Sea por la naturaleza de sus tierras de carácter más accidentado, por las distancias a que vivían, sea por defecto de preparación u otros motivos, no lo consiguieron, se mantuvieron en hostil separación e iniciaron la fatal tarea de rodear sus lotes de murallas almenadas. Sus campos no pudieron ser bien cultivados porque muchos hombres eran retenidos con el arma al brazo trepados en las murallas espionando al vecino y porque en lugar de los necesarios animales domésticos de labranza, se mantenían costosas jaurías de mastines y bravas fieras adiestradas para guardar las puertas de cada finca.

Los hermanos del norte, no estorbados por estas trabas, fueron convirtiendo sus tierras en campos y jardines de abundancia y bendición para los hombres.

Los hermanos del sur se iban arruinando. Los del norte vinieron en su ayuda prestándoles para vivir de lo que a ellos les sobraba. Puestos en contacto unos con otros, los del norte supieron, gracias a su habilidad y mayor preparación, aprovechar una cantidad de tesoros que habían yacido ignorados para los del sur. Como las obligaciones hay que cumplirlas y no se puede vivir eternamente de fiado, llegó un momento en que los del sur tuvieron, cual corresponde a perfectos hidalgos, que hipotecar sus tierras para pagar. Drama intenso y silencioso, no brusco y catastrófico como la cólera devastadora de la guerra, del ciclón o del terremoto, sino sordo y triste como la ruina que traen los roedores tenaces invisibles de la humedad y de la polilla,

El drama continúa desarrollándose. A nada se llegará con sólo declamar contra los hermanos del norte o contra explotadores de otros continentes. Nos imaginamos que a los hermanos del sur, para salvarse, no les queda más que reformarse por la educación, afirmar su personalidad en obras espirituales y materiales y borrar sus desconfianzas mutuas.

Mas también es menester que los hermanos del norte renuncien a toda idea de imperialismo en este continente, tanto político como financiero. A los universitarios de los Estados Unidos, cuya fuerza y elevación de espíritu pude apreciar personalmente en mi viaje de estudio por aquel país, corresponde la misión de luchar contra toda finalidad imperialista. A ellos se les debe llamar en este sentido, como asimismo a todas las fuerzas verdaderamente espirituales de Norte América.

Augurios llenos de promesas de paz constituyen los recursos al arbitraje que para resolver agrios pleitos internacionales se han instaurado en nuestro continente en el presente siglo. No menos satisfactorias han sido las felices soluciones a que en ellos se ha llegado, como en el caso de Chile y la Argentina y como se acaba de ver en el sabio fallo del Presidente de los Estados Unidos sobre la larga cuestión de Tacna y Arica.

Sólo un nacionalismo bien entendido puede contribuir a la amistad y a la buena inteligencia mundiales, y las fuerzas educacionales pueden tomarlo como bandera en las siguientes proporciones:

El nacionalismo debe ser concebido:

Primero.—Como amor al suelo de cada país y sus pobladores considerados en cuanto núcleos de fuerza en potencia y capaces de inmenso desarrollo;

Segundo.—Como amor a la nación en cuanto unidad de vigor dentro de la solidaridad de la raza y de la humanidad.

Será necesario excluir de la enseñanza de la historia, de la

geografía y de la instrucción cívica todo lo que sea contrario a esos conceptos y tienda a cultivar rivalidades fundadas en hechos del pasado.

ENRIQUE MOLINA.